

SISTEMAS "PARTIDOCRÁTICOS" EN CRISIS

Los casos de Perú e Italia

Luis González Manrique

RESUMEN

Los procesos políticos del Perú e Italia presentan características similares: la irrelevancia actual de los partidos hegemónicos durante la mayor parte del siglo en el Perú y el colapso de la 'partidocracia' italiana.

El bipartidismo emergente en el Perú es consecuencia de la necesidad de prescindir de estructuras partidarias tradicionales.

Por otra parte, el fin de la denominada I República en Italia supone la abolición de un sistema basado en el catolicismo político, el socialismo y el comunismo.

En ambos procesos, la ley del mercado es adoptada como instrumento de limpieza del corporativismo populista. Se requiere tomar medidas que liberen a la economía de una intervención política excesiva, así como redefinir el rol de los gobiernos.

En conclusión, se presenta una crisis de legitimidad del *establishment*. Esta situación se refleja en el surgimiento de agrupaciones sin denominaciones ideológicas y que buscan eliminar las tendencias oligárquicas en las democracias.

ABSTRACT

The political processes of Peru and Italy share similar traits: the currently irrelevant old political groups that held sway for most of the century in Peru and the collapse of Italy's 'partitocracy'.

The emerging of two party system in Peruvian politics is the consequence of the need to move on from the old system.

Moreover, the end of the First Italian Republic includes the abolition of a system founded on the political catholicism, socialism and comunism.

Free market rules have been adopted in both processes as a cleaning instrument of the populist corporativism. Some reforms are required in order to free the economy from excessive political intervention as well as to redefine the government's role.

In conclusion, this article presents a legitimacy crisis in the establishment. This situation is reflected in the emergence of new groups without traditional ideologies, whose aim is to eliminate oligarchic trends from democracy.

Los secretarios generales de Naciones Unidas adquieren, por obvias razones, un prestigio que repercute directamente en su influencia política en sus países de origen. Trygve Lie, Dag Hammarskjold, U Thant, Kurt Waldheim y Butros Ghali tuvieron una intensa vida pública antes o después de mantener el cargo. Con esos antecedentes era previsible que el diplomático peruano surgiera como una figura presidenciable, sobre todo desde que el autogolpe de Fujimori -5 de abril de 1992- polarizara al país entre sus partidarios y opositores, abriendo un espacio político para una personalidad de consenso.

Como sucedió con Mario Vargas Llosa en la campaña de 1990, su protagonismo internacional le otorgaba un capital político personal que le podría permitir negociar en situación

de ventaja con fuerzas políticas establecidas que se verían -una vez más- subordinadas a las iniciativas de un independiente. Desde 1992, Pérez de Cuéllar utilizó con pericia, silencios y declaraciones para sondear las posibilidades de conformar una plataforma en la que convergiera la fragmentada oposición al oficialismo.

El tiempo, sin embargo, jugaba a favor de Fujimori: los resultados del cuarto año de su gobierno -un 12,5% de crecimiento del PBI en el primer semestre de 1994, 7% en 1993, una inflación anual de un porcentaje similar y 4 mil millones de dólares en inversiones extranjeras- fortalecían sus aspiraciones reeleccionistas a pesar de los rasgos autoritarios del régimen. La eliminación de la amenaza subversiva y una activa campaña de gastos en infraestructura educativa y sanitaria a través de un organismo

creado, bajo el modelo del Proyecto de Solidaridad Nacional mexicano se sumaban para configurar un escenario favorable a sus intenciones.

Después de al menos tres décadas de administraciones fracasadas o derrocadas por golpes militares, el bipartidismo hoy emergente ha producido una incipiente estabilidad del sistema político, luego que el maremoto electoral de 1990 y el golpe de 1992 dejaran en la irrelevancia a los partidos hegemónicos durante la mayor parte del siglo. Un fenómeno que guarda paralelismos con el colapso de la "partitocracia" italiana. No parece casual que en ambos países se haya utilizado ese concepto con similares contenidos e intencionalidad política.

La distancia de Fujimori (40-44%) y Pérez de Cuéllar (32-35%), según las encuestas más fiables, sobre los demás candidatos parece insalvable: todos sus partidos y agrupaciones suman conjuntamente un 10% de las intenciones de voto. De producirse una segunda vuelta el cálculo opositor prevé que Fujimori, carente de aliados, esta vez será víctima de una conjunción de votos similar a la que dio la victoria sobre el novelista en 1990.

El contexto en el que se enfrentan tiene pocos precedentes internacionales: el hundimiento de los partidos ha introducido una serie de variables atípicas, entre ellas la posibilidad -o necesidad según se vea- de prescindir de estructuras partidarias, denominaciones ideológicas o de identidad con una clase o sector social. Su crisis ha creado un espacio autónomo que empuja a ambos candidatos a sintonizar con la aparición de vastos e inarticulados movimientos sociales y grupos independientes que anticipan y provocan la renovación de los partidos. O con similar probabilidad, la creación de nuevas organizaciones políticas cuya configuración definitiva está en proceso de formulación.

Pérez de Cuéllar ha subrayado su independencia evitando alianzas con los partidos y declarando que no considera que izquierda o derecha sean referencias significativas en la coyuntura actual. Ha bautizado a su agrupación "Unión por el Perú" que, como todas las nuevas

fuerzas políticas- Cambio 90-Nueva Mayoría, País Posible, Armonía Siglo XXI, Obras, etc.- carece de referencias ideológicas.

Las propuestas económicas del Exsecretario General de la ONU plantean la continuación de la política liberal con correcciones de corte socialdemócrata: un discurso dirigido a un universo electoral básicamente diferenciado al de la base social del fujimorismo. Los partidos tradicionales presentarán candidatos y listas parlamentarias propias y se aglutinarán, de producirse una segunda vuelta, en torno a la candidatura más votada de la oposición, con toda probabilidad, el diplomático.

Cualquiera sea el ganador, los cambios de los paradigmas políticos predominantes en el Estado nacional-populista, mecanismo de sostén y articulación de clientelas sociales organizadas en entidades políticas y económicas corporativas, han afectado de modo corrosivo al sistema de partidos. El hecho de que dos personajes ajenos a él sean las únicas figuras con posibilidad de ganar las elecciones, habla elocuentemente sobre el sentido del proceso, comparable a otros casos donde la participación política no convencional -"neopopulista" (Habermas) o "antipolítica" (S. Berger)- no ha ido creciendo simplemente como un mero hecho, sino que se ha ido reconociendo ampliamente como legítimo (o defendible moralmente) pese a la ausencia de instituciones capaces de acomodar su potencial.

Fin de régimen

El sociólogo y eurodiputado italiano Gianni Baget-Bozzo cree que el entierro sin exequias de la I República supone una revolución que ha abolido un sistema dominado por las cúpulas política, burocrática, industrial, financiera y eclesiástica. La descomposición interna del poder deterioró el poder pero también su cultura y lenguaje:

"la nueva legalidad está asociada al pragmatismo y no a la ideología. El catolicismo político, el socialismo y el comunismo, como referentes doctrinarios, perdieron sentido y significado.

La nueva clase política no enarbola los moralismos políticos que solían encubrir la moralidad de los hechos"¹.

En ese esquema, la "tangente" no era un subproducto del sistema sino un engranaje central: nacía del reparto de prebendas y privilegios entre las cúpulas partidarias y sus clientes de puestos y negocios en empresas y organismos estatales. Antonio Martino, ministro de Asuntos Exteriores de Berlusconi y expresidente de la Mont Pelerin Society- el club de economistas fundado por Frederick Von Hayek en 1946- diseñó el programa de privatización y desregularización de Forza Italia para desmontar las causas estructurales de la "tangente".

Con él la escuela de Viena -Hardberger, Hayek, Popper- ha puesto una pica en Roma, una ofensiva iniciada en América Latina desde los primeros años del gobierno de Pinochet: el pensamiento económico de Friedman, mentor ideológico de los "Chicago boys" chilenos, provenía de ella. Von Hayek insistía que las leyes individualistas, origen, según él, de las democracias liberales. Consistían, en gran medida, en hacer posible la existencia de asociaciones voluntarias, opuestas a las organizaciones coactivas del corporativismo².

Es en este punto donde convergen los procesos políticos italiano y latinoamericanos: la ley del mercado se adopta como instrumento de limpieza del corporativismo populista, aunque la superación de una política estatal calificada de hipertrofiada constituya en sí misma una hipertrofia de la política, entendida como intervención masiva de la autoridad política en la desregularización económica. En palabras de Claus Offe, en la medida en que la política pública afecta a los ciudadanos de manera más directa y visible, los ciudadanos tratan por su parte de lograr un control más inmediato y amplio sobre élites políticas poniendo en acción medios a veces compatibles con el mantenimiento del orden institucional³.

Este proceso produce una erosión de la autoridad política. El remedio, sostienen teóricos como Huntington, es tomar medidas que liberen a la economía de una intervención política excesiva, inmunizando a la élite de las pre-

siones ciudadanas. La eliminación de la agenda de los gobiernos de esferas definidas como exteriores a lo político plantea una redefinición definitiva de la política, cuyos contrapesos -el mercado, la familia, la ciencia-, reprivaticen los conflictos que excedan la capacidad de control de la autoridad política.

Según Baget-Bozzo, Italia se alinea en este proyecto con las revoluciones de Europa Oriental, tanto por el modelo económico como por la disolución de la "nomenklatura". Paolo Flores d'Arcais coincide con Rossana Rossanda en un símil más cercano a los propósitos de este ensayo: el craxismo-andreottismo representaba una "variante edulcorada del peronismo, del populismo demagógico antiliberal, adaptado a una sociedad más rica y opulenta"⁴. De acuerdo con su análisis, el Partido Democrático de la Izquierda (PDI) de Occhetto, excomunista, aparecía homologado a la hegemonía política democristiana y socialista porque el sistema hacía al PCI corresponsable de las decisiones gubernamentales: una democracia de consorcio en el que la izquierda preservaba la hegemonía cultural.

Berlusconi, en una astuta maniobra táctica, reconstruyó su virginidad política, maculada por sus oscuras relaciones con el craxismo, aliándose con la Liga Norte de Umberto Bossi, la única fuerza que se opuso brutalmente al régimen y subrayando su imagen de empresario "no político", presentándose así como única alternativa al "estatalismo" de la izquierda y el catolicismo político de la DC. La alianza con el neofascismo de Finni quedaba con ello despojada de sus aristas más amenazadoras.

Populismo y corporativismo

La utilización del término "peronismo" en la politología italiana no parece obedecer sólo a una referencia sobre los vínculos establecidos entre Italia y Argentina como consecuencia de la inmigración sino, además, de un viejo parentesco político originado por la prolongación del Estado medieval español a sus colonias americanas. El catolicismo, hasta el Concilio Vaticano II, sostuvo un arraigado antiliberalismo que tuvo una expresión bastante virulenta

en los regímenes de Mussolini, Franco, Petain y Salazar.

Gino Arias y Alfredo Rocco, teóricos del fascismo italiano, mantuvieron que su doctrina política era la realización moderna del

"corporativismo medieval, verdad eterna del pensamiento católico y latino (...) en la filosofía de Santo Tomás de Aquino y el neotomismo de Francisco de Suárez (...) la armonía gremial constituía el maravilloso sistema de organizar al proletariado", destruido por la reforma protestante, la revolución francesa, el liberalismo y el marxismo⁵.

El fascismo pretendió haber implantado una nueva organización económica, un sistema basado en las corporaciones fascistas que rescataban los gremios medievales y armonizaban los intereses de trabajadores y patronos en un común esfuerzo productivo. Ese argumento apelaba al nacionalismo latino al asegurar que correspondía a un modelo autóctono que trascendía al liberalismo y el socialismo para crear una nueva síntesis.

La "tercera vía" tuvo un especial atractivo para los católicos a raíz de la encíclica *Quadragesimo Anno* de Pío XI (1931) que estimulaba el resurgimiento del pensamiento corporativista católico. Las leyes laborales de 1926 y 1927, construcción jurídica de Alfredo Rocco, oficializaron el control estatal de los sindicatos: un tipo de neomercantilismo, mezcla de Colbert y Saint Simon, en el que las empresas estarían subordinadas al Estado, lo que asestaría un "golpe mortal a la concepción liberal de la propiedad" y supondría la fusión gradual de capital y trabajo.

Según Eli Hecksher durante el mercantilismo

"la desobediencia ante la ley, la arbitrariedad, la impunidad en la violación de las leyes vigentes, el contrabando y el fraude florecieron bajo un poder público demasiado absorbente y en tiempos en que las normas cambiaban conti-

nuamente, y con ellas las ingerencias en la marcha de la vida económica"⁶.

Durante los años treinta y cuarenta, el pensamiento político latinoamericano -civil y militar- fue fuertemente influido por los capitalismo europeos, entre otros factores por las misiones militares francesas, prusianas, españolas e italianas. Cada país de la región -el México de herencia cardenista, Getulio Vargas en Brasil, Perón en Argentina, el APRA en Perú, Acción Democrática en Venezuela, el Movimiento Nacionalista Revolucionario de Bolivia, etc.- experimentó diversos tipos de populismo que compartían un rasgo: el punto de apoyo de sus reformas sería el Estado, utilizado para cumplir objetivos de integración nacional, desarrollo y justicia social. En términos económicos produciría un neomercantilismo, o lo que algunos llamarían capitalismo de Estado.

El predominio del modelo nacional-populista obedecía a una noción patrimonialista del Estado. A diferencia de una soberanía que presupone una racionalidad normativa, la dominación patrimonial deriva de la tradición, la creencia en la inviolabilidad de lo que existe desde tiempo inmemorial. Richard Morse, autor de un ensayo clásico sobre América Latina, argumentaba que el dominio tradicional otorgaba prebendas como una recompensa a los servicios, no como atributo del oficio que se ejercía. Esa estructura de poder perpetuó una sociedad jerárquica en la cual la movilidad social estaba restringida y era por ello extraña a la meritocracia burguesa del éxito económico en un mercado abierto.

Guillermo O'Donnell, en un estudio comparativo de siete populismos latinoamericanos, concluye que el carácter esencial de sus políticas internas consistía en las interacciones entre agencias gubernamentales, corporaciones privadas, élites económicas y burocracias que impedían una participación pluralista: la representación de intereses era monopolizada por organizaciones oficialmente sancionadas y no competitivas supervisadas por el partido de Estado⁷.

El ciudadano poseedor de derechos individuales dejaba de existir en beneficio de una

entidad subordinada a un Estado paternalista. Una consecuencia de ello fue la proliferación de un nuevo actor social: el político especializado en la manipulación de los beneficios privados y el clientelismo. El cacique aparece como un mediador que pone en relación a la población local con la estructura nacional a través de marcos institucionales que Wiarda cree prolongación de un autoritarismo secular: "un patrón histórico de organización cultural y política -elitista, jerárquica, corporativa y patrimonialista- presente virtualmente en todos los sistemas ibérico-latinos". En cierto modo, escribe, los sistemas corporativos podían considerarse un intento de formalizar, institucionalizar y controlar una estructura social naturalmente corporativa.

Los resultados fueron partidos monolíticos, Estados débiles, inestabilidad económica y dictaduras militares: la crisis engendrada por el fracaso de los populismos civiles produjo la intervención militar como corporación institucional que, en alianza con una tecnocracia civil, buscó resolver la crisis mediante la desmovilización coactiva y el restablecimiento del poder regulador del Estado sobre las organizaciones corporativas. Huntington llama a ese orden una "sociedad pretoriana", consecuencia de niveles de movilización social que han ido más allá de la capacidad de control de las instituciones políticas.

El Estado nacional-populista peruano

El caso peruano ilustra un claro predominio de partidos y políticas populistas, alternativamente de izquierda o derecha, civiles y militares, con un sustrato ideológico que se remontaba a dos de los más importantes pensadores políticos del siglo XX latinoamericano: Haya de la Torre, fundador del APRA, y José Carlos Mariátegui, fundador del Partido Socialista. Ambos extendieron su radio de influencia ideológica en el seno de la organización de sus principales adversarios desde la década de los treinta: el cuerpo militar.

El carácter antioligárquico, antiimperialista e igualitario de sus programas se plasmó en un curioso mimetismo con la política del

general Velasco Alvarado (1968-1975) cuya herencia se prolongaría casi intacta hasta que la campaña electoral de 1990 demoliera sus bases doctrinarias con el discurso liberal enunciado por Mario Vargas Llosa y puesto en práctica por Alberto Fujimori.

La paradoja del Estado nacional-populista es un marco aparentemente pacífico creado por un gobierno integrador y conciliador de las tensiones sociales pero en cuyo seno subsisten formas brutales de explotación, el desarraigo de millones de emigrantes y reacciones violentas de quienes se ven desposeídos de propiedad o trabajo.

En términos del sociólogo Julio Cotler, los partidos peruanos eran la imagen ideal de propiedades señoriales:

"cuando la ciudadanía pudo elegir un gobierno no fue un partido sino más bien una red de nuevas clientelas personales lo que llegó al poder. Las bases sociales que se creyeron representadas por el nuevo gobierno se vieron periódicamente traicionadas y sólo aquellos individuos o grupos capaces de acceder a los caudillos y sus círculos íntimos lograron beneficiarse efectivamente del cambio de gobierno"⁸.

Pero, como recuerda Alain Touraine, la democracia no es un tipo de sociedad. Es sólo un régimen político: un sistema de negociaciones y de equilibrios parciales e inestables entre intereses opuestos o diferentes. El marco constitucional dejaba resquicios para el surgimiento de grupos organizados de manera autónoma, de modo que las instituciones correspondieran a intereses representables: la democracia es lo contrario a una sociedad de masas⁹.

Cambio 90, la organización creada por Fujimori, lejos de ser un partido al uso, era una asociación de personas y sectores que representaban a una clase ascendente y mestiza que reclamaba su cuota de ciudadanía efectiva, entendida como derecho de participación en las decisiones políticas por encima de las intermediaciones tradicionales. Las estructuras partidarias fueron despojadas de su autoridad; ya

no se les consideró indispensables por el mero hecho de existir y de haber monopolizado el ejercicio del poder político.

La extensión del derecho al sufragio de la Constitución de 1979 propició la democratización de los instrumentos de participación. Para entonces, los partidos surgidos en los años treinta se habían transformado en burocracias que vivían de la función política marginando sectores emergentes que desconfiaban de los condicionamientos de los partidos como medio de acceso a la gestión del Estado.

Partidocracia y sistemas sustitutivos

El historiador italiano Indro Montanelli considera el predominio de este tipo de partidos como una perversión de la democracia. Baget Bozzo se muestra de acuerdo: el modelo de partido y de relaciones con las instituciones que adoptaron los partidos antifascistas de la postguerra italiana fue el mismo que el fascista. La cultura y las figuras políticas entre ambos regímenes se mantuvo a pesar de la discontinuidad institucional.

Fujimori, después de disolver el Congreso con el apoyo del Ejército, pronunció un discurso ante la asamblea de Cancilleres de la OEA, reunida para tratar la crisis peruana, en el que expuso sus propias percepciones sobre el tema "partidocrático":

"en democracia los partidos forman candidatos, definen temas de preocupación nacional, alientan la participación ciudadana y educan al ciudadano (...) en el Perú se comportan como un oligopolio de la decisión política a pesar de que hoy no representan más del 9%, produciendo un sistema legal que es fuente de corrupción pues su principal finalidad es crear un reparto de privilegios entre grupos poderosos y legisladores".

Los cancilleres, muchos de ellos hombres de partido, aprobaron el cronograma propuesto por Fujimori para retornar a la institucionalidad con la convocatoria de un

Congreso Constituyente. De una manera tácita se reconoció su argumento: una democracia sólo puede subsistir demostrando su capacidad de combinar los intereses del Estado con los de los grupos sociales. Por otra parte, su política antiinflacionaria se había traducido en un decidido apoyo político, como en la Argentina de Menem. Otro caso es igualmente revelador: el éxito del Plan Real catapultó a Enrique Cardoso a la presidencia brasileña cuando todo parecía asegurar la elección del sindicalista Lula da Silva.

Italia y el Perú presentaban crisis similares en un sentido muy preciso: desde su abundancia y precariedad respectivas compartían una tradición política de ejercicio del poder. La *tangentópolis* era la versión europea del peaje pagado por los poderes económicos para obtener prebendas del poder político.

Ambos países son, asimismo, casos anómalos en sus respectivos contingentes: a pesar de los avances de movimientos de derechas en Austria, México, Brasil, Colombia o Chile siguen gobernando partidos de larga trayectoria, si bien sometidos en los últimos años a un acelerado reciclaje liberal de sus estructuras internas y propuestas económicas.

Sin embargo, el ascenso de *outsiders* como Morihiro Hosokawa en Japón y la alianza liberal-socialista del gobierno de Muruyama como reacción defensiva frente a las fuerzas antisistema y la irrupción de Ross Perot en la última campaña presidencial norteamericana revelan que el fenómeno representa algo más que válvulas de escape. Como señala Eugenio Scalfari, director del diario romano *La Repubblica*, el fenómeno Berlusconi obedece a la desaparición progresiva de los bloques sociales homogéneos que se mantenían unidos gracias a una comunidad de intereses: los partidos ligados a ellos han entrado en decadencia por el cambio producido en las estructuras económicas y sociales.

La clase media ha perdido los puntos de referencia tradicionales que la ligaban a clases diferenciadas y contrapuestas. Sus modelos son más versátiles, unitarios y exentos de ideología¹⁰. No parece casual que Berlusconi eligiera el nombre de "Forza Italia" para su movimien-

to, el lema con que los tifosi alientan a su selección de fútbol.

Los nuevos líderes utilizan los medio de comunicación como mecanismos plebiscitarios. Un capitalismo autoritario y sin democracia es el tipo de tendencia que alarma a la *intelligentsia* italiana. John Nascitt, autor del libro *Global Paradox* (número uno en las listas de ventas de Alemania, Japón y EE.UU.) cree que la revolución electrónica ha convertido en obsoleta a la economía de escala tanto como a la democracia representativa: nadie se afilia a un partido, la abstención aumenta.

Los ámbitos de percepción de conflicto de intereses, como los locales partidarios o sindicales, están en acelerada decadencia: el sistema de representación directa, a través de votaciones focales por ordenador, como el propuesto por Ross Perot en un plebiscito permanente, lo ve Nascitt a la vuelta de la esquina. Cada vez más ciudadanos tienen tanta información, recibida a través de la pantalla y los sondeos, como sus virtuales representantes.

Daniel Bell en *El advenimiento de la sociedad postindustrial* coincide en que la consecuencia de todo ello es que la red de poder se amplía y los procesos de decisión se hacen más complejos: "no cabe duda de que los modelos burocráticos de organizaciones centralizadas jerárquicamente serán reemplazados por nuevas formas de organización". De cualquier modo, las preguntas clásicas de la polis permanecen: ¿quién debería tomar, y a qué niveles de gobierno, qué tipos de decisiones y para una unidad social de qué amplitud?"¹¹.

Baget sospecha que quizás la organización publicitaria sea la forma real de los partidos de mañana y que Berlusconi se haya adelantado a su tiempo. Su cadena publicitaria "Publitalia" hizo brotar en pocas semanas 13,000 clubes de "Forza Italia" cada uno con su sede y provistos de manifiestos, pins, banderines, camisetas, maletines y música del nuevo partido. "Forza Italia" no necesitó establecer relaciones con los medios: ella misma era un medio de comunicación.

El reino de la imagen sobre las ideas puede representar una nueva amenaza si quien la controla es un poderoso consorcio de comu-

nicaciones: un superpoder que puede muy bien, con una hábil apariencia de neutralidad, manipular a la opinión pública. Del Gengis Kan con teléfono, como Churchill caracterizó a Hitler, se puede pasar a un caudillo con computadora interactiva: un líder plebiscitario que acentúa el componente carismático del liderazgo político, alterando las relaciones entre el Ejecutivo, el Parlamento y los ciudadanos.

Conclusiones

La crisis de participación creada por las demandas que un nuevo grupo hace al sistema trae consigo, casi siempre, una crisis de legitimidad del *establishment*. En la medida en que surge de unas elecciones, la oligarquía partidaria se amplía pero no se convierte en una democracia: el poder, como apunta Maurice Duverger, lo ejercen los miembros, una minoría en relación con los votos que reciben en las elecciones generales. En la medida en que requieren de sus militantes una adhesión más íntima conforman sistemas completos y cerrados de explicación del mundo: iglesias modernas que hacen de las luchas interpartidistas guerras de religión. La democracia no es amenazada por el régimen de partidos, sino por la orientación de sus estructuras interiores, por la naturaleza militar, religiosa o totalitaria que pueden revestir.

Duverger se muestra convencido de que, en virtud de que todo gobierno es oligárquico por naturaleza, habría que reemplazar la fórmula del gobierno del pueblo por la del 'gobierno del pueblo por una élite salida del pueblo':

"Un régimen sin partidos asegura la eternización de una oligarquía conservadora. Históricamente los partidos nacen cuando los sectores populares han comenzado a entrar realmente en la vida política: han formado el marco necesario que les permite reclutar en sí mismas a sus propias élites"¹².

En su libro, *Los partidos políticos* que lleva como subtítulo "Ensayo sobre las tenden-

cias oligárquicas de la democracia", Robert Michels (1876-1936) apunta que la ley de bronce de las oligarquías no sólo descansa en la tendencia de los jefes a perpetuar y reforzar su autoridad, sino también -y quizás sobre todo- en la inercia natural de las sociedades, que ceden de muy buen grado sus derechos a minorías de especialistas.

El portugués José Saramago, en unas reflexiones sobre la historia de una experiencia anabaptista colectivista en Múnster, argumento de su novela *In Nomine Dei*, llega a conclusiones parecidas:

"la enfermedad mortal de las democracias es la renuncia del ciudadano a par-

ticipar (...) cuando el ciudadano vota, expresa de forma suprema su conciencia. Pero ese momento coincide paradójicamente con su renuncia a intervenir. Hay que buscar sistemas que permitan un ejercicio cotidiano de la ciudadanía"¹³.

Ningún remedio es verdaderamente eficaz contra la oligarquía, concluye Michels, pero la lucha contra la oligarquía no implica confianza en su eficacia: siempre surgirán nuevos oponentes a la oligarquía en nombre de la democracia. "Y este juego cruel, probablemente nunca tendrá término".

NOTAS

1. Baget, Bozzo, Gianni, "La derrota del moralismo", en *El País*, Madrid: 7 de abril de 1994.
2. Hayek F.A., *The Fatal Conceit: The Errors of Socialism*, The University of Chicago Press, 1988.
3. Offe, Claus, *Partidos políticos y nuevos movimientos Sociales*, Madrid: Editorial Sistema, 1988.
4. Flores D'Arcais, Paolo, "El círculo vicioso" en *Suplemento Temas de Nuestra Época, El País*, Madrid: 25 de marzo, 1994.
5. Tannenbaum, G., *La experiencia fascista: sociedad y cultura en Italia (1922-1945)*, Madrid: Alianza Editorial, 1982.
6. Hecksher, Eli, *El mercantilismo*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1974.
7. O'Donnell, Guillermo. "Autoritarismo en América Latina: estudio comparativo de siete países", en Malloy, James A. (Ed.), *Autoritarismo y corporativismo en América Latina*, The University of Pittsburgh Press, 1977.
8. Cotler, Julio, "Los partidos y la democracia en el Perú", en *Democracia, sociedad y gobierno en el Perú*, Lima: CEDYS, 1988.
9. Touraine, Alain, *América Latina: política y sociedad*, Madrid: Espasa-Calpe, 1989.
10. Scalfari, Eugenio, "La derecha anómala", en *El País*, Madrid: 1994.
11. Bell, Daniel, *El advenimiento de la sociedad postindustrial*, Madrid: Alianza Editorial, 1990.
12. Duverger, Maurice, *Los partidos políticos*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1950.
13. "Entrevista de Francesc Valls a José Saramago", en *El País*, Madrid: 24 de octubre de 1994.